



Eucaristía de Apertura del Año jubilar del Sagrado Corazón de Jesús

IGLESIA DEL MONASTERIO DE LAS MM. CLARISAS DE
CANTALAPIEDRA

En este Año Jubilar del Sagrado Corazón de Jesús, la Iglesia nos llama con más intensidad a tener la mirada fija en el amor del Padre, que se ha manifestado en plenitud en la Cruz de su Hijo Jesús. Mirar al Corazón traspasado de Jesús es el camino para experimentar y acoger el amor salvador de Dios y la fuente para aprender a amar como Jesús nos ha amado.

La historia del pueblo elegido de Dios está entrelazada de la experiencia del amor salvador de Dios, creador y providente, inmerecido y gratuito, misericordioso y fiel, paternal y clemente, lleno paciencia y ternura. Y estos rasgos del amor de Dios a su pueblo adquieren su mayor significación ante la pertinaz dureza de mente y de corazón del pueblo, que no llega a conocer a Dios y entregarle su corazón rebelde.

El profeta Oseas nos ha dejado uno de los testimonios más elocuentes del amor fiel de Dios a su ingrato pueblo elegido: *“Cuando Israel era joven lo amé y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí... Pero era yo quien había criado a Efraín, tomándolo en mis brazos; y no reconocieron que yo los cuidaba. Con lazos humanos los atraje, con vínculos de amor. Fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas. Me incliné hacia él para darle de comer”* (Os 11, 1-4). *“Mi pueblo está sujeto a su apostasía. También claman hacia lo alto, pero el ídolo no puede salvarlos. ¿Cómo podría abandonarte, Efraín, entregarte, Israel?... Mi corazón está perturbado, se conmueven mis entrañas. No actuaré en el ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín, porque yo soy Dios, y no hombre, santo en medio de vosotros, y no me dejo llevar por la ira”* (Os 11, 7-9).

Ante el extravío de Israel, el corazón de Dios se estremece de compasión. Y de esta compasión ante el pueblo abandonado por sus malos pastores, nos deja un conmovedor testimonio el profeta Ezequiel: *“Yo mismo buscaré mi rebaño y lo cuidaré. Como cuida un pastor de su grey dispersa, así cuidaré yo de mi rebaño y lo libraré, sacándolo de los lugares por donde se había dispersado... Yo mismo apacentaré mis ovejas y las haré reposar... Buscaré la oveja perdida, recogeré a la descarriada; vendaré a las heridas; fortaleceré a la enferma; pero a la que está fuerte y robusta la guardaré: la apacentaré con justicia”*.



Esta promesa de Dios es la confesión de su condición de Pastor de Israel. Es el título más cercano y entrañable que la espiritualidad de Israel ha reconocido también a Dios en los salmos: entre ellos en el salmo 22 hoy rezado por nosotros: El Señor es mi pastor, nada me falta.

Y el título de Pastor es el que Jesús se atribuye a sí mismo con especial predilección, como el más adecuado para expresar la naturaleza de su misión recibida del Padre. Dios cumple en Jesús su promesa: *“Yo mismo apacentaré mis ovejas”*. Y cuando Jesús anuncia: *“Yo soy el buen pastor”* se está presentando como el definitivo Pastor de Israel, que apacienta las ovejas en nombre y representación de Dios, enviado por Dios para esta misión. El mismo Jesús explica más esta misión de Buen Pastor en relación con Dios: *“Yo soy el Buen Pastor, que conozco a las mías y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas”* (Jn 10, 14-15). *“Por esto me ama el Padre”* (Jn 10,17). *“Este mandato he recibido de mi Padre”* (Jn 10, 18).

En consonancia con esta identidad personal confesada por Jesús está su enseñanza en la parábola de la oveja perdida, que parece desarrollada sobre la imagen de la profecía de Ezequiel: *“¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”. Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse”* (Lc 15, 3-7).

La alegría del pastor, que siente necesidad de compartir con los amigos y vecinos, es imagen de la alegría del Padre celestial por la conversión de cada hijo pecador que se convierte a la intimidad de amor con Él. Y en esta alegría del Padre participa el hijo que vuelve arrepentido a la casa de la que libremente se marchó. Con su vuelta, la casa es una fiesta.

Con esta parábola de la oveja reencontrada nos muestra Jesús el contenido de su misión de Buen Pastor: dar la vida al pecador que se convierte y cree en el Hijo de Dios: *“Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo”* (Jn 17, 3).

Esta misión de salvación y reconciliación, realizada por Jesús, el Buen Pastor, que muere por los impíos, es reconocida por el apóstol Pablo como una prueba del amor inmerecido de Dios. En efecto, *“Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros... Si, cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvados por su vida!”*. Por ello, *“también nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo”*.



En la muerte y resurrección de su Hijo ha llegado a su culmen la manifestación del Amor de Dios a los hombres, que él quiso crear a su imagen y semejanza con especial predilección. Y todas las referencias bíblicas a la providencia amorosa de Dios, a su misericordia y ternura paternal, alcanzan también su más expresiva manifestación humana en el Corazón de Jesús traspasado en la Cruz.

En este Año Jubilar la Iglesia nos llama a contemplar el misterio del corazón de un Dios que se conmueve y derrama todo su amor sobre la humanidad. Un amor misterioso, una inconmensurable pasión de Dios por el hombre. No se rinde ante la ingratitud ni el rechazo del pueblo que se ha escogido; más aún, con infinita misericordia envía al mundo a su Hijo para que cargue sobre sí el penoso resultado del amor destruido; para que, derrotando el poder del mal y de la muerte, restituya la dignidad de hijos a los seres humanos esclavizados por el pecado (cf. Jn 3,16). Todo esto a caro precio: el Hijo unigénito del Padre *“se despojó de sí mismo... hecho obediente hasta la muerte y una muerte de cruz”* (Flp 2, 7-8), como prueba del amor *“a los suyos”, “hasta el extremo”* (Jn 13,1). Símbolo de este amor que va más allá de la muerte es su costado atravesado por una lanza. Así lo narra el apóstol Juan, testigo ocular: *“Uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua* (Jn 19,34).

En esta escena, con su referencia simbólica al bautismo y la eucaristía, podemos ver significado que *“todas las cosas referentes a nuestro Redentor, que antes eran visibles, han pasado a ser ritos sacramentales”*, en expresión de san León Magno. Así aquellos hechos de salvación son contemporáneos y fuentes de gracia para los hombres de cada época. De hecho, en los sacramentos del bautismo y la eucaristía hemos sido introducidos en el misterio pascual de Jesús y recibimos el fruto salvador de su sangre derramada para el perdón de los pecados. El Corazón abierto de Jesús es así la fuente inagotable de la Vida divina y la Puerta siempre abierta de la Misericordia de Dios.

El costado traspasado del Crucificado es la fuente de la que hemos de beber para alcanzar el verdadero conocimiento de Jesucristo y experimentar más profundamente su amor y el amor del Padre que en él se nos manifiesta. Así podremos vivir de la experiencia de ese amor y dar testimonio a los demás.

Junto al Corazón de Cristo, el corazón del hombre aprende a conocer el sentido verdadero y único de su vida y de su destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a evitar las posibles perversiones del corazón humano, a unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo. *“Hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos”* (1 Jn 3, 16).

Sólo se puede ser cristiano dirigiendo de forma permanente la mirada a la cruz de nuestro Redentor, al que traspasaron (Jn 19,37; Zc 12,10). La herida del costado y las de los clavos han sido para innumerables creyentes los signos de un amor que ha transformado eficazmente su vida. Reconocer en las heridas del resucitado el amor de Dios se ha convertido para ellos en una experiencia interior que les ha llevado a



confesar como Tomás: *“Señor mío y Dios mío”* (Jn 20,28) y a vivir sin reservas en el amor de Dios. Es una experiencia que mantiene la memoria viva de que él cargó voluntariamente con el sufrimiento de la pasión y la cruz *“por nosotros”, “por mí”*. Y así la vida queda cada vez más modelada por el amor de Cristo. Así lo testimonia ejemplarmente san Pablo: *“no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí”* (Gal 2, 20).

Dios nos llama de forma incesante a entregarnos sin reservas al amor salvador de Cristo que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu (cf. Rom 5, 5). El significado más profundo de esta espiritualidad del amor de Dios se alcanza a través de un camino de oración humilde y de generosa disponibilidad; y se expresa de forma visible en la entrega confiada al servicio a Dios y al servicio a los hermanos con el amor compasivo, que tiene su fuente en Dios. Quien acepta el amor de Dios queda interiormente modelado por él. La mirada puesta en el costado traspasado por la lanza se transforma en adoración silenciosa y nos ayuda a reconocer la multitud de dones de gracia que de él proceden. La contemplación del costado traspasado por la lanza nos hace más sensibles a la voluntad salvífica de Dios; nos hace capaces de abandonarnos a su amor misericordioso y, a la vez, nos fortalece en el deseo de participar, como instrumentos, en su obra de salvación.

En este Jubileo del Sagrado Corazón de Jesús la Iglesia diocesana siente la urgencia de introducir a todos en el misterio de la misericordia de Dios. Dejémonos sorprender por el amor misericordioso del Padre. Cristo mantiene siempre abierta la puerta de su corazón y no se cansa de repetir que nos ama y quiere compartir con nosotros su vida. De su costado abierto en la cruz corre sin parar el gran río de la misericordia. Esta fuente de agua viva, símbolo de su Espíritu vivificante, nunca podrá agotarse. Cada vez que alguien tenga necesidad podrá venir a ella, porque la misericordia de Dios no tiene fin.

Cantalapedra, 1 de junio de 2019